

Homenaje a Emilia de Zuleta. FFyL UNCuyo (9/9/2025)

Emilia de Zuleta es una personalidad compleja, llena de aristas y no suficientemente conocida. Por eso son tan plausibles los homenajes en sus cien años, quizás tardíos pero bienvenidos, porque permiten visualizar aspectos desconocidos. Es un privilegio y una suerte haberla conocido y frecuentado. Muchos de los presentes saben de qué hablo. Quizás haya que preguntarse por qué alguien con tanta riqueza se ha cristalizado en sus datos académicos. A lo mejor incluso eso le ha servido de armadura a este ser extraordinario para preservarse. Esa situación ha asordinado a veces una voz potente que se ha expresado con sensibilidad, inteligencia y coraje sobre diversos aspectos de la existencia. Hay que reconocer y descubrir en Emilia a la humanista. No sólo a la maestra de literatura sino a la mujer práctica y cotidiana.

Por eso quizás sea pertinente buscar rastros reveladores de su personalidad, algunos de los cuales tengo presentes porque intervine en la factura periodística donde quedaron registrados. Recorrerlos ojalá nos enriquezca la presencia de Emilia. En abril de 1991 llenó con su trazo inconfundible de tinta negra de lapicera una ficha para la revista Primera Fila y la firmó al pie. La sección se llamaba “De puño y letra” y ahí nos dejó pistas preciosas para indagar en la profundidad de su interior, más allá de su magisterio. Ante el pedido del rasgo distintivo de su carácter contestó: “Trato de ser justa y generosa”. La clave no está en la justicia y la generosidad sino en su intento de serlo, en el tratar. Esa es su actitud: el denuedo por conseguir la meta. Esto sintoniza con la elección de su principal virtud, “la perseverancia”, a lo que agrega su principal defecto: “la timidez”. Es que detrás de su aparente solvencia y decisión se ha desenvuelto una gran tímida. Vale la pena revisar su actuación pública a través de ese cristal. Por otro lado, la retratan en su concepción del ser humano la elección de las cualidades preferidas en un hombre:

“inteligencia y gracia”, y en una mujer: “fortaleza y ternura”. A la hora de optar por sus escritores preferidos escribió: “Galdós, Salinas, Tolstoi”, en sintonía con la elección de su héroe de ficción preferido: “Natacha (La guerra y la paz)”. Recuerdo haberle preguntado qué estaba leyendo y que me dijera “releyendo ‘La guerra y la paz’, algo que hago cada tanto”. Evidentemente admiraba la fortaleza y la ternura de su heroína que con el telón de fondo de las guerras napoleónicas crece desde la adolescencia a la maternidad, transitando furibundas tormentas amorosas. Imagino que su Natacha preferida del cine habrá sido la de Audrey Hepburn, aunque cuando le pedimos que eligiera actores se inclinó por “Trintignant y Gassman”. Para sus ratos libres dijo preferir “leer y cocinar para mi gente” y cuando eligió comida y bebida: “paella y champán”. Como deporte optó por: “caminar con buen ritmo”. Su sueño dorado era: “seguir enseñando siempre”, algo que ha hecho. Hace pocos días, la visité en Buenos Aires y volvió a darme lecciones que llevaré para siempre. Reafirmó su elección de Pedro Salinas, agregó la de Jorge Guillén, pero sentenció: “Y Rubén Darío, que es el mejor de todos”. “La inmigración en la Argentina” fue su hecho histórico predilecto. Conocemos sus trabajos sobre el exilio de la Guerra Civil española. En esos estudios colaboramos recopilando información que se remitió a un archivo conformando en España. Porque Emilia siempre fue un puente entre la facultad y la universidad con el mundo. Sus energías no estuvieron sólo enfocadas en su propia carrera sino que nos conectó a muchos con un afuera fecundo e incitante. Fue una gran promotora y lo hizo con desprendimiento. Cuando le preguntamos por un político escribió: “busco uno, prudente e imaginativo”. No lo debe haber encontrado aún. A los aspirantes deben haberle faltado la prudencia o la imaginación. O ambas. A la requisitoria de lo que más detestaba respondió: “la hipocresía y la ingratitud”, toda una definición con dos cabezas envenenadas. Ante el pedido de elegir un rival afirmó: “ninguno, eludo los enfrentamientos”. Aseguró que quisiera morirse “como buena

cristiana” y que la emocionaban “muchos poemas, algunos paisajes”. ¿Un amor imposible?: “Tuve uno... pero fue posible”, dejó escrito.

Aquella ficha testimonial apareció ilustrada por una foto de Emilia con Guillermo de Torre y Frida Schultz de Montovani, además de retratos suyos en distintas etapas de su vida y una caricatura que destacaba su cabello tirante de siempre y su rodete. En este sentido no puedo dejar de recordar una saga ficcional que escribimos con un compañero de esta facultad en un diario, donde nuestra maestra apareció ficcionalizada como “Emiliana, la de tirantes cabellos”, con un eco ambicioso de Homero. En nuestra charla reciente al recordar a un personaje de mi familia me dijo: “nunca me teñí, me gustaba el pelo gris. Una vez tu tía Maga me dijo que por qué no me teñía, que no quedaban bien las canas. Le respondí, ‘Maga, a mí me gustan así. Y si no te gustan, no me mirés y listo’”.

Nueve años después de aquella ficha que hemos desgranado apareció el 17 de diciembre de 2000 un número completo de “El Altillo de la Cultura” suplemento dominical del diario UNO, dedicado a Emilia. Lo hicimos en colaboración con Betty Egües y contamos con la complicidad de Enrique Zuleta, quien nos proveyó fotos y sobre todo un tesoro: cuatro poemas de la homenajeada. En aquellas páginas reproducimos varias de las tapas de sus libros; escribimos testimonios algunos de los aquí presentes y otros que ya no están; mandaron sus semblanzas figuras como Alicia Jurado, María Esther de Miguel, Alonso Zamora Vicente, Andrés Amorós y Gregorio Salvador; Betty y Gustavo Zonana publicaron dos artículos de fondo y se reprodujo una de las ponencias de Emilia para el GEC: “La lectura: un poder feroz”. Es un lúcido y punzante escrito sobre el papel de los intelectuales y la función de la crítica literaria y su situación en aquel momento: “el crítico, que es un lector responsable, deberá desarrollar su capacidad intelectual, perfeccionar sus saberes y potencias, sus principios morales: humildad, coraje, tenacidad, paciencia y altruismo para interesarse por lo demás, por la vida representada en el texto, por los

escritores y por la comunidad de lectores de la cual él mismo es partícipe. El ejercicio de la libertad es indispensable para cumplir con este programa y la libertad parece hoy constreñida por presiones y prescripciones de todo tipo y, sobre todo, por nuestros propios miedos. Pero sólo mediante este ejercicio se logrará esa reconstrucción que supone un pasado... pero que mira hacia un porvenir de supervivencia y de afirmación del poder del espíritu humano”. Ya en 2000 Emilia experimentaba y presagiaba los acechos a la libertad que se jugaban en los mundos académicos y culturales en el planeta. Lo hacía con agudeza y coraje desde Mendoza. Era un don para quienes sabíamos leerla y escucharla.

En aquel suplemento aparecieron fotos muy significativas, como una frente al Centro Internacional del Libro en la galería Tonsa donde posan Adolfo Ruiz Díaz, Alfonso Sola González, Enrique Zuleta Álvarez, Graciela Maturo, Emilia y Sergio Sergi. Es una selección de los animadores de una intensa vida cultural de la Mendoza de los años sesenta. También se reprodujo una imagen junto a los poetas Jorge Enrique Ramponi y Abelardo Vázquez, del que Emilia escribió en su discurso de 1989 al ser declarada Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Mendoza: “ese hombre profundo, ese poeta, ese bohemio con quien estaremos siempre en deuda porque en sus poemas inventó para siempre una Mendoza que ya estaba allí y no sabíamos verla”. Qué idea tan original y honda: el poeta inventa para el lector lo que ya está pero no sabe ver. La poesía como invención de la realidad. Una de las definiciones más notables del misterio poético que podemos imaginar. Y Emilia la deslizaba en un tono pausado y elegante con total naturalidad, como si estuviera dando el pronóstico del tiempo.

Para terminar querría compartir con ustedes un soneto, fechado en 1981 y que creo sintetiza su amor por Mendoza y por los mendocinos, su pasión por el oasis rodeado de desierto. Está dedicado al fundador de la

Universidad Nacional de Cuyo y su mujer. Dice: “Para Carola y Edmundo Correas en su jardín de Chacras”.

A una magnolia cortada

Viniste a mí desde un jardín lejano,
dulce magnolia, aroma encapullado,
paloma que te duermes en mi mano,
nácar opaco, tiempo remansado.

Ahora giras con tu gracia lenta
sobre la copa donde estás cautiva;
cierras tus ojos, tiemblas soñolienta;
abro mis ojos, quieta y pensativa.

De pronto, al mandato de tu aurora,
y al asedio tenaz de mi mirada,
seis pétalos abriste, triunfadora.

Y ante mí, de tu gracia enamorada,
una gloria de polen ha estallado
mientras el tiempo huye derrotado.

Muchas gracias.